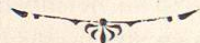


Vedla: señores, ataviada está, con la vestidura de las desposadas, brilla en su dedo el anillo de su desposorio. ciñe en su cabeza la corona de las vírgenes y sostiene en su delicada mano el lirio de la pureza. Rosa de mi corazón, sé tú mi esposa, la dijo Dios, prendado de su belleza angelical, en el último año de su vida; y la inocente y purísima virgen, inundada en las delicias del amor á su celestial esposo, aprestó su lámpara y la tuvo encendida para el momento de las bodas; y cuando vino el esposo á media noche, fue contada en el número de las vírgenes prudentes y admitida sin tardanza al convite nupcial del reino de los cielos. De esta manera, la caridad de Rosa, que fue el germen fecundo de todas sus virtudes, fue también la corona de recompensa de su preciosa vida. Tantos merecimientos son una prenda segura de la eficacia de su intercesión cerca de su amantísimo esposo, nuestro Dios y Señor. Con mucha razón podemos pues exclamar, postrados humildemente en presencia de su estatua. REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS ISTAS. Vuelve, oh Virgen de Israel, tu rostro hacia nosotros. Envíanos en una de tus dulces miradas una bendición del cielo, aplaca con tus ruegos la justicia del Señor irritada contra nosotros, preséntale para apaciguar su enojo los instrumentos de tu penitencia: REVERTERE VIRGO ISRAEL, REVERTERE AD CIVITATES TUAS ISTAS; acuérdate Virgen de Israel de que esta ciudad en que se meció tu cuna posee también tu glorioso sepulcro; atrae sobre ella un rocío de abundantes gracias, que haga florecer de nuevo en este suelo las preciosas virtudes que la hicieron tan noble y tan ilustre, REVERTERE VIRGO ISRAEL AD CIVITATES TUAS ISTAS; y á cada uno de los que hemos venido á honrarte, en el día de tu triunfo, alcánzanos, por la participación de tus méritos, el gozo eterno del Paraíso.



IX

San Andrés, Apóstol

Sermón panegírico pronunciado, en la capilla interior del hospital de S. Andrés, el día 30 de Noviembre de 1868.

*Mihi autem absit gloriari nisi
in cruce Domini nostri Jesu Christi.
A mi libreme Dios de gloriarme
sino en la cruz de Nuestro Señor
Jesu Cristo. Epístola de S. Pablo á
los Gálatas c. 6 v. XIV.*

Ilmo. Señor: (1)

Señores:

SI alguna vez pudieran avergonzarse los predicadores del Evangelio de su apostólico ministerio, no sería ciertamente cuando tienen que anunciar á los fieles las ignominias y los oprobios de la cruz; de esa cruz que fue escándalo para los judíos y locura para los gentiles, pero que debe ser, para los cristianos, según la sublime teología de San Pablo, argumento incontestable del infinito poder, y de la inefable sabiduría de Dios. Sin

(1) El Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Fr. Francisco Solano Risco, dignísimo Obispo de Chachapoyas.

apartarme de este pensamiento del apóstol, me propongo realzarlo más, mostrandoos, en el adorable misterio de la cruz, la glorificación de Dios por el hombre y la glorificación del hombre por Dios. Andrés, crucificado por el amor de Nuestro Señor Jesucristo, me suministrará pruebas suficientes para demostraros que la cruz es, al mismo tiempo, instrumento de la gloria de Dios y de la gloria del hombre; y cuando hayáis penetrado conmigo en las profundidades de este misterio, que será eternamente la suprema confusión del mundo y de las pasiones, comprenderéis la profunda sabiduría de esta máxima de la vida cristiana: no permita Dios que yo me gloríe en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo.

¡Inmaculada María! entre las insignias de tu gloria, no faltan ni la corona del apostolado, ni la palma del martirio; pon, pues, en mis labios palabras dignas del celo de un apóstol y de la caridad de un mártir. AVE GRATIA PLENA.

*
* *

Difícilmente podrá encontrarse una contradicción más absoluta, más radical y más perfecta que la que existe entre la gloria de Dios y la gloria del mundo. Por esto, la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que fue la suprema glorificación de Dios, fue, al mismo tiempo, y por la misma causa, la irremediable reprobación del mundo; y por esto, también, los santos que siguen de cerca las ensangrentadas huellas de su Divino Salvador, consumando en su propia carne lo que faltó á la pasión de Jesucristo, honran á Dios, exhibiéndose como hostia de propiciación; y buscan su propia gloria, condenando y confundiendo, con la locura misma de la cruz, la falsa y peligrosa sabiduría del mundo. Me explicaré, señores, aplicando mi pensamiento al panegírico de nuestro santo apóstol, y os demostraré: que el martirio de San

Andrés fue glorioso para Jesucristo, porque supo triunfar de sí mismo, y fue glorioso para él, porque supo triunfar del mundo.

*
* *

Dos grandes rebeldías constituyen el grave desorden de la naturaleza humana; la rebeldía de la carne contra el espíritu y la rebeldía del espíritu contra Dios. De la primera se quejaba el Apóstol cuando exclamaba: "veo otra ley en mis miembros, que se opone á la ley de mi espíritu, que me cautiva bajo de la ley del pecado; (1) la segunda es el grito de rebeldía que se levanta de las profundidades del alma, como la voz del genio del mal y dice: NON SERVIAM. NO SERVIRÉ (2).

Señores: para expiar debidamente estas insensatas rebeldías y glorificar á Dios ofendido por el hombre, padeció y murió el Salvador del mundo. Y aquí os ruego que no temáis las oscuridades del misterio; penetrad resueltamente en sus espesas sombras y hallaréis en el fondo torrentes de luz. Asistid con vuestro espíritu á la primera y á la última escena de la pasión de Jesucristo: en el Huerto, que es el teatro de su obediencia, expía todas las rebeldías de la voluntad, aceptando voluntariamente los dolores de su pasión y las ignominias de su muerte; en el Calvario, que es el teatro de su penitencia, expía los desórdenes de la sensualidad, exhibiendo á las atónitas miradas del mundo su adorable cuerpo destrozado á golpes y cubierto de llagas. De manera que la sumisión voluntaria y la dolorosa muerte del Hijo de Dios, repararon, confundiéndolas, las grandes rebeldías de la voluntad y de la carne. De lo cual debemos

(1) Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis. San Pablo á los Romanos. VIII. v. 23.

(2) Jeremías, c. II, v. 20.

concluir que la pasión del Hijo de Dios fué la penitencia pública, universal y perfecta de los pecados del hombre; y que Jesucristo ha podido compendiar su preciosa vida en esta sencilla frase: EGO TE CLARIFICAVI SUPER TERRAM (1) Padre celestial, yo te he glorificado sobre la tierra: ofreciéndote como hostia de suave y agradable olor la inmolación de mi voluntad en el Huerto y el sacrificio de mi cuerpo en el Calvario; mi cruz es la condenación suprema é irremediable de toda rebeldía, porque es el trono de mi obediencia y de mi penitencia; y es también la proclamación pública, solemne y universal de que sólo á Dios se debe la gloria y el honor, puesto que nada menos exige para procurar esa gloria y reparar ese honor, que la oblación de un sacrificio divino. Ya lo véis, señores: sólo la cruz ha podido remediar los dos gravísimos desórdenes de la naturaleza corrompida: tan profunda era la llaga de nuestra soberbia que no ha podido ser curada sino por el infinito anonadamiento de Dios: EXINANIVIT SEMETIPSUM; (2) y estaba el mundo tan inficionado por la sensualidad que no podía purificarse sino lo bañaba la inocente sangre del Cordero de Dios.

En su justa proporción los santos, como predestinados por el Padre á ser conformes á la imagen de su Hijo, glorifican también á Dios, triunfando valerosamente de sí mismos y confundiendo con su ejemplo al mundo y á sus servidores. Y hasta cierto punto, señores, mejor avergüenza y condena al hombre de pecado alguno de nuestros heroes cristianos que el mismo Hijo de Dios, porque, contra la imitación de Jesucristo, excogita su malicia un vano pretexto en la fortaleza divina del Salvador, mientras que nada puede replicar, en presencia de una voluntad flaca, siempre fiel al querer divino,

(1) S. Juan, c. XVII, v. 4.

(2) S. Pablo á los Filipenses, c. II, v. 7.

y de una carne corrompida, siempre vivificada por la penitencia y el dolor.

Convirtamos si no los ojos á nuestro santo apóstol, y abarcando en una rápida mirada su preciosa vida, no los fijemos detenidamente, sino en su cruz, que es el doloroso lecho de sus agonías y de su muerte.

*
* *

Andrés, hermano de Pedro, nació en Betsaida, pequeña ciudad de la Galilea, y fue de los discípulos de Juan Bautista. Como oyese al santo Precursor decir de Cristo: "he aquí el Cordero de Dios;" siguió á Jesús y persuadió á su hermano para que también lo siguiese. Mas tarde, como pescase con Pedro en el mar de Galilea, fueron llamados por Cristo que pasaba, antes que todos los apóstoles, con estas palabras: "venid en pos de mí; yo haré que seáis pescadores de hombres." Hasta aquí, señores, cuenta el Evangelio la vida de nuestro santo; todo lo demás que sabemos de ella, consta de la venerable tradición. Pasemos en silencio sus apostólicos trabajos en Scitia, Epiro, Tracia y Achaia; no nos detengamos en admirar sus portentosos milagros; ni ponderemos tampoco el inflamado celo con que predicaba á los gentiles el Evangelio de Jesucristo: quiero que nos agrupemos al rededor de la ignominiosa cruz, en donde, sin duda para imitar hasta en la forma de su martirio á su divino modelo, espira entre acerbísimos tormentos. Venid, vosotros, contempladores de vuestro cuerpo y adoradores de la carne; poneos en frente de ese madero y de ese cuerpo atormentado por la crucifixión: es el de un apóstol de nuestro Señor Jesucristo, que, pudiendo huir el martirio, si accediese á las instancias de los fieles, que quieren libertarlo, prefiere morir en brazos de la penitencia, inmolando su cuerpo para glorificar á Dios, triunfando de la natural afición al regalo y al placer, á semejanza de Jesús, su adorable

Maestro. ¡Oh! vanos pretextos de la sensualidad para rechazar los santos rigores de la penitencia! y como subsistiréis, no digo yo en presencia de la cruz de Jesucristo, pero ni siquiera delante de aquella en que ofrece su sacrificio su querido discípulo? Yo no quiero hablar, señores, de esos desórdenes que ruborizan al mundo y que deben ser, por lo mismo, harto abominables y repugnantes; algo más que eso condena y reprueba la cruz de Jesucristo y la penitencia de sus santos. Delicadezas extremadas para aquilatar los goces, disputando á la moral hasta los últimos grados de lo lícito; aficiones indignas de la santidad de nuestra fe al cuidado, regalo é idolatría del cuerpo; exagerada diligencia en conservar la salud, á expensas de los deberes más esenciales de la Religión; dispensas criminales de las santas leyes de la abstinencia y del ayuno; peligrosa ociosidad, que fomenta la malicia de los cuerpos y la debilidad de los espíritus; ¿cómo seréis reprobadas y maldecidas, cuando se abra para juzgaros el código del Evangelio y aparezca para condenaros el signo del hijo del hombre? ¡Eterno y omnipotente Dios! Juez inmortal de los vivos y de los muertos. ¿hallarán indulgencia en tu severo tribunal esos refinamientos de la sensualidad, sólo porque se ocultan bajo los frívolos pretextos de las exigencias de la salud y de las conveniencias sociales? ¿dejará de herir el ángel exterminador esos cuerpos profanados por los placeres y no rociados con la sangre de la penitencia? Temblemos, señores, en presencia de los juicios de Dios; porque, sean cuales fueren los esfuerzos del mundo por conciliar la corrupción de sus costumbres con la rigidez de la moral, es una máxima de la eterna sabiduría, que lleva la marca de la reprobación todo el que no está conforme á la imagen del Hijo de Dios; y los rasgos de esa conformidad no son otros, que las espinas y los clavos; las humillaciones y los desprecios; la pobreza y el abandono; la tribulación y el oprobio. ¡Hom-

bre sensual! alza los ojos, si no es que los haya clavado en el suelo la confusión y la vergüenza, y mira á Andrés crucificado por el amor de Jesucristo; cuenta sus dolores y sus agonías; vélo atentamente; por dos días está suspenso su atormentado cuerpo del afrentoso patíbulo..... Señores, el hombre sensual podrá resistir, sin conmoverse, este espectáculo de dolor; podrá, si queréis, afectar una estoica indiferencia; algo más todavía, podrá quizá reírse y mofarse de las agonías del mártir y de la palabra que las anuncia; pero no podrá nunca acallar el grito de reprobación, que se levanta del fondo de su conciencia, si no es que esté cauterizada, con el fuego mismo del infierno, por la maldecida mano de Luzbel. De aquí es, señores, que me espanta la prosperidad y la gloria del mundo, porque no veo que haya nada de común entre todo eso y la vida de mi único y celestial modelo; y buscando un refugio, en la cruz de mi divino Salvador, siento la necesidad de exclamar: "A mí libreme Dios de gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo". Y ya que mi palabra ha caído como una maldición sobre el mundo y sus secaces, seame permitido emplearla también, con gran contento de mi corazón, en consolar á mis pobres y queridos enfermos. ¡Miembros adoloridos del cuerpo místico de Jesucristo! Alegraos y regocijaos, si santificáis vuestros dolores con la paciencia y la resignación; ninguna clase de la sociedad puede disputaros el honor de haber formado la corte de nuestro monarca coronado de espinas; el Evangelio nos lo muestra siempre rodeado de vosotros; ¿ni quienes si nó los enfermos y los pobres podrían cortejar dignamente al varón de dolores, que no tiene sobre qué reclinar su cabeza? El que no puede mentir, el que no puede engañar, ha dicho de vosotros "Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos"; "bienaventurados los que lloran porque

ellos serán consolados." (1) Hay también una bendición anexa á vuestro estado desde la vida presente, porque habéis de saber, para vuestro consuelo, que nosotros, cualquiera que sea nuestra dignidad y nuestro rango, si somos cristianos, tenemos que venerar en vosotros esa pobreza y esos dolores, que adoramos en N. S. J. C. Vosotras, también, que os gloriáis de llamaros Hermanas de la Caridad y que no queréis otra satisfacción, que la de enjugar las lágrimas y aliviar el infortunio, vosotras también tendréis parte en esa bienaventuranza y en esta bendición. Y vosotros, honorables señores, que desplegáis la actividad de vuestro celo en socorrer al necesitado y al pobre, en el día malo, que será el de vuestro juicio, encontraréis misericordia si sabéis unir á la caridad para con vuestro prójimo la caridad para con Dios. Perdonad, señores, esta digresión, sólo inspirada por la presencia de los enfermos y la vuestra. Continuadme la benedicta atención, que me habéis concedido y os manifestaré brevemente cómo triunfó S. Andrés, con su martirio, de la rebeldía de la voluntad.

*
* *

¡Grandioso espectáculo, señores, el del libertinaje de la voluntad, vencido por la obediencia heroica del Hijo de Dios y de sus santos! Obedecer hasta la muerte y muerte de cruz: he aquí el ejemplo que nos dan N. S. J. C. y el santo apóstol, cuya memoria veneramos. Por obedecer á Dios antes que á los hombres, abrazáse Andrés de la cruz, y saludándola con transportes de alegría exclama: "Oh santa cruz, que tanto he deseado, que tanto he amado y que tantas veces he

(1) S. Lucas, c. V, v 21.

buscado, recíbeme de manos de los hombres para que me pongas en las manos de Dios, á fin de que, por tí me reciba, quien por tí me redimió." ¡Obediencia extraordinaria, que triunfa de la rebeldía de la voluntad, persiguiéndola en su última y más inaccesible barrera: las invencibles repugnancias de la naturaleza! Apenas se puede morir por necesidad, ¿que será morir, por obediencia, y morir con alegría, y morir entre muchísimos tormentos, cuando una simple desobediencia puede trocar todos los horrores de la muerte en una muelle y regalada vida? Dínoslo tú, gloriosísimo Apóstol, que estuviste dos días suspendido de la cruz, por no perder el mérito de tu obediencia, enseñándonos con tu ejemplo, que es mejor obedecer que vivir, y que es preferible á la desobediencia la muerte! Y ¿lo cremos así nosotros, señores? Cada uno encontrará la respuesta en el fondo de su propia conciencia; mas yo os diré, en nombre del Evangelio, que os anuncio, lo mismo que enseñaba an Pablo, respecto de la caridad: no importa que hagáis milagros, que os entreguéis á los rigores de la penitencia ó que convirtáis á todo el mundo; si todo este, no es en el orden de una entera sumisión á la ley de Dios y de su Iglesia, de nada sirve y para nada vale. Y no basta obedecer á Dios, sino que es indispensable obedecer también á los hombres revestidos con la autoridad de Dios, cualesquiera que sean, por otra parte, sus defectos, sus pasiones y hasta sus crímenes. Yo sé, señores, que nuestra naturaleza resiste la obediencia á la estupidez y á la malicia, personificadas en el mandatario; pero Jesucristo nos la pide, desde lo alto de su cruz. En cuanto á mí, Señor, reconozco que tienes derecho de exigírmela; porque ¿á quién no obedeceré yo por tí, si tu has obedecido por mí á sacrílegos y á deicidas?

*
* *

Señores; hemos meditado, en el martirio de S. Andrés, el misterio de la cruz; y hemos visto, cómo supo glorificar á Dios nuestro santo apóstol, triunfando de su carne y de su voluntad; al mismo tiempo hemos aprendido el infinito precio de la penitencia, que circuncida al cuerpo y de la obediencia que circuncida el espíritu. Aquí terminaría, señores, si, al recuerdo de nuestro santo apóstol, no estuviera asociado el de la santa Iglesia, cuyos cimientos están amasados con su sangre; y si la cruz de Andrés no me recordase la de Pedro, ó sea la que ha erigido la revolución para crucificar al Pontificado. ¡Qué escena tan parecida, señores, á la que pasó en el Calvario! Todos los demagogos del mundo han pasado, moviendo sus cabezas, delante de su cruz. Oídlos exclamar, con la amarga burla de la ironía: dice que ha salvado á los pueblos y á las sociedades y á sí mismo no puede salvarse.” Los soberanos de la tierra, ó se lavan las manos como Pilatos, para no mancharse con la sangre del justo, ó le piden, como Herodes, que haga un prodigio para tomar parte en su defensa. La diplomacia ha tenido también su papel, en esta dolorosa tragedia; varias veces ha echado la suerte sobre su túnica inconsútil. Mientras tanto, la revolución conoce que la fuerza del Pontificado está en la cruz, y sabe tentarlo, como los verdugos del Gólgota á su víctima, y decirle “baja de la cruz y creeremos en ti”; Nó, señores: el Pontificado no descenderá de la cruz, halagado por las promesas de la revolución; puede ser que el hacha impía del exterminio alcance á derribarla de la cúspide del edificio social y hasta de la cúpula que corona el sepulcro de los apóstoles, si logra penetrar en la ciudad eterna; pero no podrá nunca arrancarla del corazón de la Iglesia, que asiéndose amorosamente de ella, exclamará siempre, MIHI ABSSIT; hasta que llegue el día de su triunfo, en que, dando cuenta de su misión, diga: OPUS CONSUMMAVI.....EGO VICI MUNDUM

“He consumado la obra que me encomendaste; yo he vencido al mundo.” (1)

¡Plegue al cielo, señores, que cada uno de nosotros pueda repetir lo mismo, en la terrible hora del juicio del Señor!



(1) S. Juan, c. XVII, v. 4.